alma de Pascual, noble y generoso de suyo. En breve se repuso, y se dijo:

—¿Soy un infame como este que va conmigo, y que tan friamente calcula los detalles de la desventura de toda una familia? Empujado por mi amor, ¿vendré yo á formar parte de su tenebroso complot? ¿Puede ganarse tan noble mujer á fuerza de infamias?

Levantó la cabeza, hirió el suelo con el pié, y con el corazon henchido por una audaz pero grande esperanza, se contestó á sí mismo:

—¡No, la ganaré á fuerza de adhesion!...

II

El hombre á quien tan encarnizadamente odiaba Juan Carvajan, era un anciano, cuya frente surcaban multitud de arrugas, de cabellos blancos como la nieve, encorvado bajo el peso de los años, y de andar torpe y vacilante; en otro tiempo le llamaban Clairefont *el Hermoso*, y el origen de la enemistad entre él y el padre de Pascual, germinó de resultas de cierta aventura amorosa.

Cuando nació el marqués, el año 1816, la Restauracion estaba en su apogeo: su padre, rico por parte de su esposa, encantadora inglesa con quien casó en el destierro, recuperó el castillo solariego, y formó un patrimonio, que le producia una renta de más de trescientos mil francos. Estaba en gracia del rey Luis XVIII, á quien hizo diaria partida de *whist* por espacio de un cuarto de siglo, desde Coblentz á Verona, y desde Hartwil hasta París, y siguiendo en todas sus fases la suerte del rey proscrito, fué nombrado gentil hombre de cámara y comendador de la Orden de San Luis; muchos partidarios de la monarquía ofrecieron sus cuerpos á la metralla de los cañones

republicanos, sin lograr con su heroismo tanto como Clairefont por medio de sus adulaciones. A los trece años, el conde Honorato tuvo el primer pesar: perdió á su madre; pero no le dejó el autor de sus dias mucho espacio para desesperarse; el marqués no favorecia los dolores improductivos. Obligó á su hijo á secar el llanto, y para distraerle, le hizo admitir en calidad de paje del Rey Cárlos X; agradó la viveza del jóven: la duquesa de Berry se le aficionó; se dignó acariciar con su aristocrática mano la blonda cabellera del mozo, y bajo tales auspicios, la fortuna del hijo prometia competir con la del padre. Mas la revolucion, que gusta de barajar en su juego lo mismo á los simples mortales que á los reyes, condujo á Cárlos X á Cherburgo, y desde allí le envió á Inglaterra. El marqués, cuya carrera se habia hecho en la emigracion, no consideró oportuno evitarse aquellas tristezas, que tan bien supo hacerse pagar otras veces; siguió á Goritz á su rey, y empezó á iniciar á su hijo en la difícil ciencia de ser cortesano en la desgracia de un monarca. Esta vez la revolucion respetó los bienes de los proscritos, y claro es que, gozando de una brillante renta, el pan del destierro no es amargo; pero éste se prolongó más que preveía el marqués, porque las nuevas instituciones echaron hondas raices, y Honorato de Clairefont, que llegó niño al suelo extranjero, creció, y se hizo hombre lejos de la patria. A medida que su carácter se formaba, más se apartaba de la semejanza con el de su padre. El paje del conde de Artois era tan generoso, tan entusiasta y tan amante de lo utilitario, de acuerdo con la corriente de la época, como ligero, escéptico y apegado á las frivolidades viciosas del siglo XVIII fué el viejo compañero de glorias y fatigas del conde de Provenza. Este, encas-

tillado en su aristocrática ignorancia, se burlaba de aquel, al verle estudiar con una aplicacion que le parecía deplorablemente populachera.

—¿A qué piensas dedicarte, hijo mio? (solia decirle.) ¿Te propones ser industrial ó comerciante? No son oficios muy á propósito para una persona de tu rango, y el de saber vivir en tu puesto, que es el que mejor le cuadraría, me temo que no lo aprenderás nunca. Mucho me apena verte aficionado á lo que seduce á la gente ordinaria... ¡Así te perjudicarás en tu carrera!... Por fuerza heredaste semejantes ideas de tu pobre madre, que era una santa; pero en cuya ascendencia hubo roperos allá por el tiempo de la dictadura de aquel tunante de Cromwel..., porque lo que es entre los Clairefonts, nunca se estiló aprender nada más que á manejar las armas y gastar honrosamente las rentas... Es decir..., ni eso siquiera, porque todos lo sabíamos desde la cuna...

Tales sarcasmos no cambiaban las costumbres y aficiones de Honorato, que hallaba en el estudio de las ciencias naturales alivio al aburrimiento que le producía la vida triste y lánguida que llevaban los cortesanos del rey sin reino. La física y la química le seducian; por suerte tropezó con un sábio catedrático jubilado, de la Universidad de Jena, y luego que le atrajo, á fuerza de halagos, convirtió en laboratorio su gabinete y maestro y discípulo pasaban en él horas deliciosas, entregados al estudio y los experimentos.

Una mañana en que por un descuido se produjo una explosion, su padre acudió al ruido: le preguntó con socarronería qué era lo que fabricaba con tanto estrépito, y al ver que el jóven, que le temia más que á un pedrisco, se callaba, añadió:

30626
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Si es un elixir de larga vida como el que pretendía poseer mi amigo el conde de Saint Germain, no estaria de más que me dieses un frasquito, porque hace una porcion de dias que no me encuentro nada bien.

Estas palabras alarmaron á Honorato; hizo llamar en seguida al médico que de ordinario les asistia; pero inútilmente se esforzó el doctor en buscar remedio á la más peligrosa de las enfermedades, que era la que padecia el anciano marqués; sus ochenta años le mataban, y contra este mal no hay medicina que valga; el viejo aristócrata murió, pues, como la luz á quien falta aceite, sin agonía, y conservando su aire socarron hasta exhalar el postrer aliento.

Huérfano, libre, rico y aburridísimo de la vida de la córte de un rey casi niño, sin trono ni estados, Honorato, á quien no importaba un ardite ver de cerca la cara de Luis Felipe, se apresuró á volver á Francia. El aire del país natal y la vista del castillo de Clairefont le produjeron una grata embriaguez; tan jóven, tan lleno de vida y tan á gusto se encontró en medio de aquella nueva existencia, que apenas si se reconocia á sí mismo. Experimentó como una especie de renacimiento inesperado; pensó menos en sus alambiques y sus crisoles; abandonó el laboratorio; le dió el capricho de ver París, y si su padre, que murió un poco antes de tiempo para que contento hubiese podido ir á la eternidad, le hubiera visto trasnochar, jugarse el dinero y *todo lo demás*, indudablemente modificara la creencia de que el nombre de sus abuelos habia recaido en un belitre. El jóven conde se hizo sócio del Jockey Club, recien fundado entonces; se metió en el escenario de la Opera, y allí corrió aventuras que le hicieron notable; no bastándole su renta

para subvenir á sus enormes gastos, la emprendió bonitamente con el capital, y los dos ó tres meses de verano que pasaba en Clairefont, con sus cacerías, sus recepciones, su lujo, sus trenes y su esplendor, escandalizaba y dejaba atónitos á los buenos de los habitantes de la villa con pretensiones de ciudad, entre quienes circulaban los más estupendos rumores. Contábase que en una sola cena se solian beber entre los comensales de Honorato ochenta ó cien botellas de vino de champagne, ni más ni ménos que si fuesen de agua; añadian algunos que hermosas mujeres vestidas de hombres formaban parte de aquella pléyade de calaveras, y asistian con ellos, lo mismo á una orgía que á una partida de caza; y para confirmar esto, se citaba de público el hecho de haber gratificado con dos mil francos á cierto ojeador, á quien una de aquéllas Dianas propinó en las pantorrillas una perdigonada, en vez de acertar al corzo á quien se destinaban los mortiferos plomos... ¡Dos mil francos!... Una pequeña fortuna, tan grande para los campesinos aquellos, que desde entonces se aventuraban imprudentes á ser víctimas de otra análoga equivocacion, con tal de recibir un puñado de luises, no bien se hablaba de cacería en el bosque del conde.

Este era un arrogante mozo, de mediana estatura, rubio, con los ojos muy azules y muy dulces. Cuando cruzaba por el pueblo guiando su tilbury y haciendo retemblar las vidrieras de las casas con el poderoso trote de sus caballos, más de una mujer se arriesgaba á ser sorprendida contemplándole, y no pocos corazones latian en secreto por el bello y espiritual aristócrata. Mas, ¿qué podian esperar del elegante parisiense, á quien, segun aseguraba su fama, se rendian y se le entregaban presas en floridas redes, lo mismo

las más célebres comediantas que las más encopetadas y altivas señoras? No obstante esto, un acontecimiento que produjo mucho ruido en el país, y que estaba llamado á influir de manera bien extraña y decisiva sobre el porvenir del conde, comenzaba á prepararse, y no debia tardar en ser un hecho concreto.

En la calle del Mercado, cerca de la fuente pública, cuyo chispear constante matizaba las fachadas de los edificios vecinos con multitud de pintitas verdosas, se alzaba una vieja casa, de sólo dos pisos, estrecha, con ventanas, cuyas vidrieras de *guillotina* ostentaban sus vidrios toscos, y cuyo tejado de alto caballete y anchos aleros le daba todo el aspecto de una barraca. Por encima de la puerta, sobre un tablero negro, habia escritas estas palabras:

Gatelier, comerciante de forrajes, salvados, moyuelo y avena. Alrededor de la tienda, en la planta baja, una multitud apiñada de sacos llenos acreditaba el surtido del mercader, y en una anaquelería, sobre la pared del fondo, el muestrario, formado por una porcion de taleguillos, conteniendo muestras que no se renovaban nunca, servia de pasto á gorgojos y polillas. Era tristísimo aquel tenducho lóbrego y húmedo, adonde jamás llegaban los rayos del sol, y, sin embargo, en cierta ocasion le miró atento el marqués de Clairefont, y le halló espléndido y seductor.

Era dia de mercado: dos carromatos obstruian la calle, y Honorato hubo de parar su coche en tanto que le dejaran paso franco: Distraido miró al tenducho, y quedó absorto, atónito: junto á una ventana abierta, una jóven rubia, blanca, de lábios rojos y frescos, de ojos de cielo y cejas finísimas de color castaño oscuro, hermosa como una *madona* de Rafael, llena de gracia, interesante, pálida como una flor que

languidece en su maceta falta de aire y sol, bordaba sentada sobre una alta silla de madera ordinaria... Los carromatos se habian alejado; el grupo de campesinos que hacian un trato, gritando y palmoteando en medio de la calle, celebraban ya el alboroque en la inmediata taberna; el paso se ofrecia expedito á los caballos de Honorato, que piafaban impacientemente, y éste, sin pensar que llamaba la atencion, despreciando los comentarios de los burgueses, estático, casi resuelto á bajarse del coche y entrar en la pobre morada para acercarse á la que tan hondamente le impresionara, todavía la contemplaba, creyéndola más bien ángel ó fantástica aparicion que mujer tan sólo.

El discorde sonido de una campanilla ronca, agitada al abrirse la vidriera de la tienda, le sacó violentamente de aquel éxtasis; se fijó con desagrado en la sucia calle, en la negra y viejísima casa, y despues de nuevo miró á la jóven; entonces se preguntó por qué capricho antiestético de la suerte aquella perla vivía en medio del lodo. Sintió como si una corriente eléctrica le recorriese el cuerpo, dirigió la vista al portal, y vió un hombre en el quicio de la puerta que le miraba provocador, con unos ojos amarillentos, que tenian algo del mirar del tigre. Era pequeño, flaco de cuerpo, muy moreno, y en su fisonomía se reveleba una gran viveza. Vestia de obrero, con americana de paño gris y pantalon de terciopelo verde, raido por las rodillas. Al levantar la cabeza, vió la jóven á Honorato delante de su casa, se ruborizó, y, afectando indiferencia, se apartó de la ventana y desapareció. Entonces oyó el marqués cómo dijo con voz dulce y argentina:

—Carvajan, en vez de mirar á la calle, podia usted acabar de poner corrientes los pedidos que es preciso que se entreguen hoy mismo.

El aludido sacudió la cabeza, como si quisiera desechar un pensamiento desagradable, miró al marqués con aire sombrío y amenazador, y luego cerrando la vidriera con estrépito, se metió en la tienda con paso lento.

Honorato arreó los caballos que salieron al trote, y volviéndose hácia el lacayo, que inmóvil en la trasera, con los brazos cruzados, parecia uno estátua, le dijo con tono que afectaba la mayor indiferencia:

—¿Quién es esa muchacha tan bonita?

—Es la hija del tio Gatelier, señor marqués. ¡Oh! Tiene mucha fama en este país y aunque se llama de nombre Edilia, generalmente la conocen por la *alhondiguera*.

—¿Honrada?

—¡Oh, mucho, señor marqués!... Honradísima. Su padre es rico, y si ella tiene ambicion, se casará con una persona decente.

—¿Y ese muchacho con cara de zorro que estaba á la puerta?

—Es Juan Carvajan, el mozo del almacen. Un gran obrero que maneja la casa por sí mismo, porque el tio Gatelier está más en la taberna que en su negocio.

El marqués meneó la cabeza, como quien está enterado de lo que le importaba saber, y el lacayo, que no ignoraba cuál era su puesto, volvió á su inmovilidad y á su mutismo.

Por espacio de muchos dias Honorato tornó á pasar en coche por la calle del Mercado: luego, con pretextos fútiles, se iba solo á pié hasta Neuville, causando la admiracion de los campesinos, que extrañaban su aspecto meditabundo.

Se hacian comentarios sin cuento, y todos se preguntaban; ¿por qué, ó mejor, *por quién* abandona el

marqués sus paseos del parque, cubiertos de hierba, y prefiere el árido camino de Clairefont, y las calles del pueblo, sembrádas de pedruscos, que rompen los zuecos de los campesinos, y aun mejor, por consiguiente, los aristocráticos y bien calzados piés del jóven?

Juan Carvajan, que desde la claraboya del granero observaba mejor que nadie, porque estaba celoso, podia contestar á esta pregunta. Un ódio súbito, feroz, implacable, por Honorato, ardió en su pecho desde que imaginó que perseguia á Edilia. Amenazaba sus intereses y su amor, porque su ensueño era heredar á su amo, casándose con la hija á quien adoraba: hacía algunos años que forjó aquel plan, síntesis de sus ilusiones, y no podia conformarse viéndole comprometido por el capricho de un gran señor.

Cuando en las horas más calurosas, mientras los habitantes de Neuville permanecian encerrados en sus casas, oia los pasos del marqués recorriendo las aceras de la solitaria calle, le ahogaba la rabia, y desde lo alto de su observatorio miraba á su rival, acariciando la idea de la venganza; pensaba que si uno de los pedruscos que sostenian las tejas cayese, podria terminar providencialmente la aventura, y furioso arañaba la pared con los crispados dedos, sin notar que por entre las uñas brotaba la sangre.

Un dia se desprendió un fragmento del revoque, fué á caer sobre un hombro de Honorato, y éste levantó los ojos, y en medio del hueco de la claraboya distinguió las facciones crispadas de Carvajan, que le miraba con ojos de hiena que atisba la presa. Comprendiendo el peligro al reconocer á su rival, el marqués pasó á la acera de enfrente. Y desde luego se dedicó á reconocer los antecedentes de su adversario.

Entonces supo que era hijo de un subteniente español llamado Juan Carvajal, huido de su patria entre los que siguieron al rey José en 1813. Este emigrado fijó su residencia en Neuville, y allí vivió siempre en la pobreza, desempeñando, entre otros oficios, el de escribiente. Por una corruptela, de *Carvajal* se formó *Carvajan*, y en fuerza de costumbre quedó como usual el nombre adulterado por la pronunciacion torpe de los lugareños.

Mas si el hijo del proscrito heredó un nombre francés, ó afrancesado al menos, no sucedió lo mismo con su carácter y su temperamento. Listo, y hasta cierto punto instruido, Juan tenia sangre española, y era, por lo tanto, vehemente, violento y vengativo. Era hombre capaz de guardar mucho tiempo el rencor, y, aprovechando el momento oportuno, asesinar á su enemigo con voluptuosidad y sin compasion.

A los diez y seis años entró en casa de Gatelier, y muy pronto se hizo cargo del negocio, hasta comprender que podia ser un elemento poderoso para dominar á la gente que vive de la agricultura. Era ambicioso, y no se contentaba con ser rico; aspiraba á ocupar una posicion importante en el país, y con gran sagacidad se dió cuenta del movimiento social en Francia; comprendió que la burguesía caminaba al pináculo de la política, y se propuso ser burgués, rico y dominador absoluto del partido de que era cabeza Neuville. Con estos antecedentes, claro es que no se trataba de un enemigo vulgar, y así lo comprendió Honorato.

Aquel año la feria de Neuville, que se celebra el dia de San Fermin, cayó el 25 de Setiembre.

La afluencia de forasteros hace que esta fiesta revista grande importancia comercial, pues así los gran-

des como los pequeños labradores de la comarca, llevan al mercado caballos, bueyes y cereales, orígen de numerosísimas transacciones por espacio de cuatro dias.

El tio Gatelier hacia su acopio para el invierno en esta época; entre copa y copa en el café del Comercio, celebraba sus tratos de compra, y claro es que, mientras la feria duraba, persistía su borrachera; mas ocurria el raro fenómeno de serle útil para sus intereses, porque cuanto más ébrio estaba, menos transigía, y á medida que su estómago se llenaba de vino, el bolsillo se le cerraba con más fuerza. Por eso decian los del pueblo en son de proverbio: *Cuando el tio Gatelier está remojado, el que le vende se queda en seco.* El último dia, el bueno del borrachon estaba como una cuba, y sus negocios corrientes; ya podian acostarle para que digiriese las tazas de café y las copas de aguardiente que se habia metido entre pecho y espalda.

Mientras los viejos comerciaban, los jóvenes se divertian; debajo del toldo que colocaban delante de la Casa Consistorial no cesaba el baile; todo Neuville acudia á él, y de fuera venian propietarios y colonos, cuyas mujeres é hijos soñaban todo el año con la famosa fiesta. Era costumbre bailar una vez por lo menos, y Carvajan pensaba, temblando, que el marqués podria acercarse sin obstáculos á Edilia, hablarle casi á solas, y, de seguro, sin que él pudiese intervenir en la conversacion ni saber siquiera qué se decian.

Pero con gran sorpresa llegó el primer dia de feria, y Honorato no fué al baile. Se le vió en la plaza hablar con sus arrendatarios, requebrar á las hijas, gastarse con ellas una porcion de dinero: tuvo para todos una frase cariñosa, y para todas una sonrisa, y so pre-

texto de una gran jaqueca se volvió al castillo. Edilia rió, bailó, se divertió con tal franqueza, que Juan desechó sus temores, no volvió á temer, y se divertió tambien. Supuso que el capricho del marqués se habia desvanecido al influjo de otra cualquiera idea y recobró esperanza y brio, burlándose de su propia suspicacia, porque ya creyó perdido su bienestar y su porvenir. A todos chocaba su alegría, que no le era habitual.

Al dia siguiente, domingo, la fiesta alcanzó su más grande esplendor, y Carvajan se entregó con su vehemencia peculiar á los juegos en que los mozos lucian su destreza, y ganó en ellos varios premios; Honorato, á quien todos suponian enfermo, no pareció en todo el dia por el pueblo, y esto ensanchaba el corazon del jóven; calmó sus nervios, y por algunas horas fué completamente feliz y se divirtió de lo lindo; bailó con cierta especie de furia, y, en fin, fué el más distinguido de todos los bailarines, casi el rey de la fiesta. Pero á media noche, en el momento en que el baile estaba más animado, buscó á Edilia para invitarla á un rigodon, y no la halló: recorrió la plaza, preguntando á todos los amigos del padre de la muchacha, y nadie le dió razon de ella; comenzó á inquietarse, su alegría se nubló, y cuando la idea de que habia sido víctima de un engaño le vino á las mientes; cuando sospechó que la ausencia del marqués era tan sólo una ficcion para confiarle, entonces perdió por completo los estribos, un nudo oprimió su garganta, y con vacilantes pasos corrió en busca de su principal, á quien estaba seguro de encontrar en el café del Comercio. El bueno de Gatelier nada pudo decirle para calmar su zozobra; estaba totalmente borracho, y tan incapaz de coordinar dos ideas como

de tenerse en pié. Entonces, á impulsos de una postrera esperanza, se dirigió á escape hácia la casa de la calle del Mercado: acaso Edilia se habria retirado, y sus temores fueran tan solo hijos de su desconfianza; pero al llegar frente al viejo edificio, su última ilusion se desvaneció; la fachada negruzca, semejante á un mausoleo, se ofrecio á su vista en medio de la semi-oscuridad de la noche; ni una luz brillaba en ninguna ventana. Entró frenético; subió corriendo la escalera, que retemblaba bajo su planta con lúgubres chasquidos; fué al cuarto de la jóven, y golpeó la puerta primero con los nudillos, despues con furiosos puñetazos, que sólo obtuvieron por respuesta el repercutir de los golpes en el ángulo del corredor largo y oscuro. Por un instante permaneció atónito, sin saber qué hacer, percibiendo el latido de su corazon en los oidos y en el cerebro; luego, anonadado, se desplomó sobre el pavimento, y mesándose el cabello, rompió á llorar de rabia y de pesadumbre al reconocerse impotente...

Con la cabeza entre las manos crispadas, escuchando á lo lejos el rumor de la fiesta, los acordes de la música, el ruido de una multitud que se divertia, permaneció largo espacio inmóvil como la estátua de la desesperacion; ideas de venganzas sangrientas, horribles cuadros de muerte y dolor se amontonaban en su cerebro, y el caos que formaba aquel maremágnum le impedia razonar; de pronto un pensamiento bulló en la mente oscurecida por la cólera; Edilia estaba sin duda en Clairefont; acaso aún llegaria á tiempo de arrancarla de entre los brazos del marqués...

De un salto se puso en pié; bajó las escaleras trompicando, sin notar el dolor que le producian los tropezones que daba contra las paredes en medio de la